

Memorias urbanas y transnacionales comunes en el Edificio Ermita

El exilio europeo en la Ciudad de México

Marion Röwekamp

■ Doi: 10.54871/ca25ms13

Introducción

La Ciudad de México se convirtió en los años treinta del siglo pasado en un lugar cosmopolita, en el que la vida intelectual de Europa y México se mezcló, creando un nuevo espacio de convivencia para la construcción del mundo de la posguerra y un lugar de intercambio de ideas. México fue el lugar de formación de miles de individuos procedentes de Europa, EE.UU. y América Latina de los cuales algunos se quedaron y otros regresaron a sus países de origen, a la vida política e intelectual. Este capítulo explora la política de los refugiados de Europa en México de una manera combinada. Su enfoque en la historia de los exilios que se entrecruzan en un lugar en particular distingue este proyecto de gran parte de la erudición anterior que suele centrarse en un exilio exclusivo, formando de esta manera un proyecto de exilio comparativo.

La idea principal de este capítulo es mirar más allá de la investigación realizada sobre el exilio de cada uno de los grupos de

exiliados procedentes de una sola nación como se ha hecho principalmente en las últimas décadas, no únicamente en el caso de los republicanos españoles, donde aparece muy claramente este enfoque, pero también en el del exilio alemán a México (Abellán, 1983; Cañadas García, 2013; Centrum pro československá exilová studia, 1999; Gleizer, 2011; Kießling, 1974; Kloyber, 2002; Matesanz, 1999; Nagel, 2005; Palmier, 2006; Pohle, 1986; Trojanová, 2011). Aquí podemos observar básicamente que cada “historia nacional del exilio” está escrita en su mayoría por miembros de la nación que excluyó a estos exiliados. Dichas investigaciones están a menudo motivadas por el intento de recuperar a estas personas exiliadas en la historia nacional de estos países después de la pérdida intelectual de la expulsión, por un lado, y a menudo también un intento de los grupos de exiliados individuales de escribir su propia historia del exilio como un contraproyecto a la escritura de la historia de las naciones expulsoras, como en el caso de la amplia literatura sobre el exilio republicano español. Esto dio lugar a una amplia literatura existente que diverge en estilo y calidad. La mayoría de los trabajos se centran en el exilio republicano español en México, pero también existen trabajos sobre el exilio alemán, así como sobre el húngaro, griego, austríaco, etc. Los investigadores que recogen la historia de “su” exilio también tienen sus propios intereses, como a menudo resulta obvio al leerlos. También las organizaciones gubernamentales que financian estos proyectos tienen sus intereses, en parte la culpa por el Holocausto y la restitución, como en el caso de Alemania, donde es mucho más fácil conseguir financiación para proyectos sobre judíos en el exilio que sobre muchos otros posibles temas de investigación. En parte es también el intento, como he mencionado antes, de reintegrar la historia de los expulsados en la historia nacional, ya que países como Alemania y España sufrieron de hecho una fuga de cerebros con sus exiliados. Este enfoque, además de otras razones, ha provocado una inercia en los estudios sobre el exilio en los últimos años.

Sabemos que los pensamientos no surgen de la nada, más bien, se influyen mutuamente, todo el debate sobre la transferencia de conocimientos de las últimas décadas trata de eso. Esto forma parte de la historia transnacional, que es un enfoque de la historiografía que hace hincapié en los fenómenos históricos que no están determinados por los Estados nación, como por ejemplo el mencionado movimiento de personas e ideas. Lo utilizan historiadores que pretenden evitar tomar la historia nacional como marco “natural” para el análisis histórico y, en su lugar, observar el pasado sin el marco de la nación. Es una reacción al hecho de que la historia como disciplina se fundó en el siglo XIX, cuando los movimientos nacionales estaban en auge, especialmente en Europa, pero también en América Latina. En la actualidad existen diferentes escuelas de historia transnacional que, de alguna manera, también están relacionadas con la historia global, los estudios poscoloniales, la historia mundial y otras sub-historias (Irye, 2004; Irye y Saunier, 2009; Tyrell, 2007). La definición exacta de lo que es la historia transnacional sigue siendo debatida y vaga, lo que podría ser también su punto fuerte, ya que puede incluir diferentes tipos de historia transnacional. Los historiadores que hacen historia transnacional creen en cualquier caso que la mayoría de los fenómenos históricos crecen dentro de un espacio nacional, pero como un árbol que desarrolla raíces y ramas que se extienden más allá de las fronteras de imperios o naciones. Eso significa que este tipo de historia suele defender a los actores no estatales y a los individuos.

La historia del exilio y las migraciones se presta, por supuesto, a un enfoque transnacional. El exilio, en cualquiera de sus formas, siempre conecta a las sociedades y es una transferencia de personas e ideas. Sin embargo, parece que esta afirmación tan obvia ha escapado hasta ahora a los estudios sobre el exilio. En general y en los estudios sobre el exilio en México especialmente, seguimos estudiando el exilio como un fenómeno nacional, a pesar de que estos mismos representantes fueron expulsados de sus contextos nacionales (Abellán, 1983; Cañadas García, 2013; Centrum pro

československá exilová studia, 1999; Gleizer, 2011; Kießling, 1974; Kloyber, 2002; Matesanz, 1999; Nagel, 2005; Palmier, 2006; Pohle, 1986; Trojanová, 2011). Su vida en los propios países del exilio significó necesariamente una apertura a lo nuevo, y si no se produjo, ello tiene que ver con un sistema de pensamiento cerrado por parte de los estudiosos y no es necesariamente un tributo positivo a su pensamiento. En particular, los exiliados de izquierdas de Europa en la década del treinta huyeron o fueron expulsados por su oposición al auge de las ideas fascistas y/o, en el caso de los judíos, por motivos racistas. Esto los convierte en un campo ideal para buscar puntos en común, experiencias y un uso común del espacio de sus países de exilio. En este sentido, es obvio pensar la historia del exilio de manera transnacional, no solo porque los exiliados fueron expulsados y convirtieron eso en una historia binacional, sino ver cómo los y las intelectuales y pensadores de diferentes escuelas de pensamiento se encontraron en el exilio y crearon algo nuevo.

Hay intentos de incluir diferentes situaciones de exilio para la historia del exilio en México, pero al final solo existen colecciones de diferentes exilios nacionales en un estudio, no se trata de trabajos sistemáticos (Mejía Flores y Moreno Rodríguez, 2022; Reimann et al., 2018; Yankelevich, 2002; Yearbook of Transnational History, 2021). Este enfoque global e integrador solo ha sido adoptado, que yo sepa, por Aribert Reimann en su estudio sobre el exilio europeo de izquierdas en México, en el que se basa este artículo (Reimann, 2020).

Esta necesidad de una nueva historiografía basada en categorías innovadoras y en un enfoque transdisciplinar requiere herramientas analíticas diferentes para apreciar la literatura del exilio articulándola con narrativas no dominantes y no centradas en una perspectiva limitada a la nación. Una forma de acercarse al exilio cruzado es prestar atención a la noción de redes (transnacionales) que traspasan las fronteras. Las redes son fundamentales para el exilio a dos niveles. En primer lugar, los propios exiliados necesitan redes para operar (antes de partir, en el exilio, al regresar). En

segundo lugar, los estudios sobre el exilio también deben adoptar un enfoque basado en las redes para recopilar conocimientos que se producen en distintos lugares (Fèrriz Roure, 2017; Santos Sánchez y Nickel, 2022). Además, se deben de tener en cuenta los espacios en los que los exiliados se reunieron y convivieron, como los espacios públicos y los espacios privados donde los exiliados dejaron sus huellas y memorias como lo ha hecho el historiador Aribert Reimann (Reimann, 2020).

Las siguientes reflexiones se basan en la idea según la cual el exilio no es solo la historia de los exiliados sino también de los lugares que los recibieron, y que habitaban en este caso en la Ciudad de México. En la investigación, a menudo se refleja lo intrínsecamente entrelazados que están la experiencia del exilio y el espacio, destacando impresiones de la vida cotidiana, como los colores, las frutas, la vegetación, el clima, los volcanes, o la comida en general. Esto tiene consecuencias en el trabajo y la expresión artística de los refugiados. La primera obra artística del fotógrafo alemán Walter Reuter sirve de ejemplo de cómo el entorno en el sentido más estricto de espacio urbano influye en los refugiados. Primero vivió en un barrio de sirvientes en una azotea en la calle Artículo 123, uno de los supuestos centros del exilio republicano español en Ciudad de México. El revoloteo de la colada en los tejados y los diferentes colores de la pintura de las casas que él veía desde su ático fueron el tema de su primer reportaje fotográfico: “Los techos de México”. Las fotos se publicaron en “Nosotros”, una nueva revista fundada en 1944. Reuter continuó describiendo aspectos sociales y culturales de su nueva patria en sus reportajes fotográficos, y fue un documentalista de las culturas indígenas en particular. Más tarde, vivió en habitaciones vacías de una pequeña casa en la esquina de la calle Michoacán y Cuernavaca, en la Condesa (Cremer, 1990, p. 39).

Los espacios vacíos y las habitaciones vacías también influyeron en su recepción de los alrededores. La escritora exiliada checa Lenka Reinerová que también tenía una azotea como Reuter, en el barrio de la Condesa, escribió:

Mi habitación es tan pequeña que me cuesta meter una cama, una mesa, una silla y una estantería para libros y vajilla. [...] Sin embargo, por lo menos la ventana en la pared es amplia y abre la vista sobre la hermosa y desconocida ciudad. (Reinerová 1958, p. 282).

Al verse limitada en el interior de las paredes del espacio que habitaba, tuvo que abrirse al exterior.

En este sentido, el espacio en el que uno vive influye en las propias experiencias de uno, y las personas que viven en un espacio también transforman y caracterizan ese espacio. Las azoteas fueron uno de los espacios que descubrieron los refugiados europeos y donde ya se conocían más allá de los límites nacionales:

Duschko [más conocido como Theodor Balk] encontró para mí una pequeña habitación bajo el tejado plano de un edificio grande y moderno en la hermosa Avenida Nuevo León,” escribió Reinerová. “Mis vecinos son un poeta catalán y su mujer, al otro lado del tejado se instalaron Hilda y otra mujer de Rieucros [un campo de internamiento francés]. Originalmente, estas habitaciones estaban destinadas al servicio doméstico de los habitantes. Sin embargo, los inmigrantes europeos descubrieron que aquí se podía vivir barato (Reinerová 1958, p. 282).

Por supuesto, los cambios más notables en una ciudad suelen deberse a decisiones políticas, urbanísticas y económicas (Olsen, 2008), pero a otro nivel, también influyen las personas que viven en ella y cómo utilizan y crean su espacio. Son ellas las que dan vida y color y crean la ciudad. Esto significa que la Ciudad de México también fue cambiada por las personas refugiadas y parte de la historia de esta ciudad fue escrita por ellas.

En este sentido, la idea principal de este capítulo es unir la vertiente del exilio transnacional con las redes y los espacios concretos de convivencia para analizar cómo los exiliados formaron y vivieron memorias urbanas compartidas en la Ciudad de México. Hay diferentes maneras de acercarse al espacio del exilio en la Ciudad de México: se podría mirar a los espacios donde vivieron y se

reunieron, en las organizaciones políticas, culturales y educativas que establecieron. Los exiliados austriacos fundaron la Acción Republicana Austriaca de México, los alemanes la Alemania Libre, los italianos la Unión Internacional Guiseppe Garibaldi, los Españoles la Alianza Democrática España y otras, los Polacos la Asociación Polaca, los Yugoslavos la Colonia Yugoslavia, los Húngaros la Hungría Libre, los Franceses Francia Libre y en fin los Checos la Agrupación de los Checoslovacos Antinazi-Antifascistas de México. (Abellán, 1983; Cañadas García, 2013; Centrum pro československá exilová studia, 1999; Gleizer, 2011; Kießling, 1974; Kloyber, 2002; Matesanz, 1999; Nagel, 2005; Palmier, 2006; Pohle, 1986; Reimann, 2021; Trojanová, 2011)

También socializaban a menudo en lugares específicos, por ejemplo, la comunidad antifascista austriaca en el exilio se solía encontrar en el Café Parque en Avenida México no. 71, o el bar del Hotel Hipódromo más al norte en Insurgentes no. 287, y finalmente abrieron su propia cafetería en el Café Victoria en la Plaza Popocatepetl, justo al norte del Parque México. El Café París en Avenida 5 de Mayo N° 8 no solo fue la cuna de la Casa Regional Valenciana, sino también un lugar de reunión habitual para la pequeña comunidad húngara en el exilio. La Liga Pro-Cultura Alemana, de carácter no sectario, se reunía ocasionalmente, durante la última etapa de su existencia, en el restaurante Conti de la calle Dolores N° 11 (Reimann, 2020, p. 188). Los republicanos españoles tenían varios locales, como el Café Tupinamba, la Parroquia y el Papagayo, todos ellos en el centro de la Ciudad de México (Serrano Migallón, 2021, pp. 96-97). Y como también descubrió Reimann, tendían a vivir cerca unos de otros: por lo general, las comunidades europeas del exilio tendían a asentarse en los barrios de clase media al oeste del centro histórico de la ciudad y en los barrios más modestos de la ciudad al oeste y al norte del caballito, la estatua ecuestre de Carlos IV en la Plaza de la Reforma. En muchos casos, los refugiados europeos tendían a habitar en comunidades topográficas muy unidas, como en la calle de López, o en edificios individuales repartidos por

toda la ciudad, donde sobre todo los republicanos españoles desarrollaron espacios sociales de convivencia. Tales efectos son también evidentes entre otras nacionalidades de exiliados en la Ciudad de México (Reimann, 2020, p. 519).

Aunque los grupos de exiliados se caracterizaban nacionalmente, la realidad era a menudo un intento común de luchar contra el fascismo y el nacionalismo en sus países europeos de origen lo que unía estas comunidades. Así, la idea de este capítulo es vincular la vertiente del exilio transnacional con las redes y los espacios para analizar cómo los exiliados vivieron y transmitieron memorias urbanas compartidas de la Ciudad de México. El capítulo examina un caso de estudio sobre el uso y la creación de espacios urbanos del exilio de la izquierda transnacional europea compartido en los años treinta y cuarenta en Ciudad de México.

Uno de los exiliados describió la situación de la vivienda: “de acuerdo a la disponibilidad y el precio la mayoría de los refugiados españoles se establecieron en departamentos amueblados de la calle López y sus alrededores” (Miguel Agüero, 2019). Pero hubo dos edificios de departamentos que se hicieron famosos por estar ocupados casi en su totalidad por estos emigrantes: el Edificio Río de Janeiro en la plaza del mismo nombre en la Colonia Roma y el Edificio Ermita, en Tacubaya.

El primero es una especie de castillo de ladrillo, tipo francés, muy bonito, aunque algo lóbrego, por lo que actualmente se le conoce como la Casa de las Brujas. El segundo es una obra moderna (de los años veinte) de estilo *art déco* (Ordóñez, 2016, p. 114).

En lo que sigue, este capítulo se centrará en el ejemplo del espacio compartido del Edificio Ermita ya que probablemente fue el lugar más transnacional de la Ciudad de México en aquel entonces.

El Edificio Ermita, espacio, arquitectura y estructura

Acaban de renovar el Edificio Ermita, un edificio *art déco* en Tacubaya, que en aquella época tenía un gran techo de cristal, que cubría el altísimo vestíbulo central. El arquitecto fue Juan Segura y parte del estilo *art déco* que era una novedad en esta época, fue el primer edificio moderno que se construyó en México con cemento armado y reunía en un solo conjunto habitacional, comercios y un espacio de teatro-cine. Con esos usos diferentes, el Edificio Ermita tenía una particularidad porosa de abrir el espacio privado hacia el exterior y viceversa. En la planta baja se encontraban además farmacias, cafés y negocios. Era moderno y vanguardista. El arquitecto intentó encontrar una síntesis entre el material moderno y las formas de la tradición mexicana y desarrolló una forma de *Art Decó* autóctono mexicano. Era como el edificio mexicano de hierro plano, construido en los ángulos rectos de dos calles importantes y también uno de los primeros rascacielos de la ciudad con sus siete plantas. (Baxmann, 2007, pp. 76-82; Vázquez Ángeles, 2010) Uno de los habitantes describió el edificio de la siguiente manera:

Exteriormente tiene cierto parecido con un buque, o más bien con el dibujo del Arca de Noé que aparece en los libros ilustrados para niños. Su quilla rompe la Calzada de Tacubaya en dos avenidas: Jalisco y Revolución, que son como las estelas del arca. Por la popa se entra el cine Hipódromo, que ocupa casi toda la base del edificio y varios niveles de altura. El techo de cine sirve como base a un patio interior rodeado por un conjunto de departamentos pequeños, casi todos de una recámara, a los que se llega a través del patio, al que los constructores dieron el nombre de *hall*, no sé por presumir de bilingües o por alguna otra razón.

Sobre estos departamentos se levantan otros dos niveles, de igual distribución, pero con corredores e incluso un puente central que permiten el acceso a las viviendas y tienen vista al *hall*, de tal forma que este es el centro natural de comunicación entre todos los inquilinos

que pueden llamarse y hablar de un piso a otro, dando así una gran animación a la vida común y al cotilleo.

El techo del *hall* estaba constituido por un vitral emplomado, diseño Diego Rivera, en el que se veían varias escuadrillas de aviones volando bajo un enorme sol radiante colocado en el centro. El tiempo, la negligencia y un par de accidentes que pudieron ser fatales para quienes intentaron caminar sobre. El emplomado destruyó el vitral, por lo que ahora, desde el *hall* solo se ve una estructura de dos aguas de vidrio translúcido que antes sirvió para proteger al vitral. Esta estructura, visible desde bastante lejos, en el exterior, es la que da su aspecto de arca al edificio (Ordóñez, 2016, pp. 114-15).

El interior y el vestíbulo tenían luz natural, las formas geométricas que utilizó Segura eran análogas a la arquitectura precolombina. Al igual que la luz daba contrastes y conexiones por las que caminaban las personas y creaba diferentes arquitecturas lumínicas y ritmos de luz también en la fachada del edificio. Utilizó la luz para modelar el espacio, y su habilidad para hacer que el edificio pareciera moverse era coherente con la imagen del arca de Noé y las ideas del arquitecto. Para los exiliados probablemente se sentía como la protección del arca de Noé y como los barcos con los que llegaron al puerto seguro de México. De hecho, cuando los niños del Edificio Ermita vivieron por primera vez un terremoto, la experiencia les pareció divertida: “recorrer un pasillo balanceándose como en un barco en mar picada nos recordaba el viaje que poco antes habíamos realizado” (Ordóñez, 2016, p. 130).

Figura 1. Edificio “El Hermita”, Ciudad de México (2010)



Fuente: Wikimedia Commons.

El edificio contaba además con un mural de Diego Rivera centrado en la dinamización del espacio que al mismo tiempo se folklorizaba. Desde los años treinta formó parte del consejo de redacción de la revista *"Mexican Folksways"* y escribió no solo sobre pintura sino sobre arquitectura prehispánica y arquitectura moderna. La escalera que se elevaba en tres niveles no permitía ver el mural en su totalidad, sino que se veía mientras se subía por la escalinata, por lo que se percibía en movimiento como un recorrido visual, una narración por etapas. Mostraba paisajes mexicanos, desde la costa hasta el altiplano, repitiendo de nuevo la experiencia que hicieron los exiliados tras llegar a menudo a Veracruz y subir después a las alturas de Ciudad de México. También representaba la historia de la humanidad desde los inicios primitivos hasta la nueva persona de la industrialización y por supuesto la revolución, en este caso, cabe imaginar, los exiliados que escapaban del horror del bienestar humano moderno no se sentían demasiado acogidos con las ideas de Rivera. Los cuadros estaban colocados en forma de espiral, de

manera que el espectador tenía que unirlos en su mente como si se tratara de un corto de una película (Baxmann, 2007, pp. 76-82).

Encima de la sala había un techo de cristal, que según muchos recordaban, también fue pintado por Rivera con aviones frente un sol rojo enorme, que se rompió, cuando un niño cayó en su centro y casi pierde la vida. Fue sustituido por una única estructura de cristal transparente (Méndez y Ulacia Altolaguirre, 2018, p. 120).

Este nuevo edificio por un lado reverberaba la modernidad de los centros urbanos europeos como París, Viena, Berlín, Praga, Madrid, Barcelona con su arquitectura de la que provenían los exiliados y los combinaba con el folclor mexicano, el nacionalismo y el lenguaje de las formas mexicanas (Baxmann, 2007, pp. 76-82; Vázquez Ángeles, 2010).

“Una isla española en un mar de mexicanos”

El propietario era la benéfica Fundación Mier y Pesado, que alquilaba el inmueble a los inquilinos a precios excepcionalmente asequibles, lo que sin duda contribuyó a su atractivo como domicilio para los refugiados políticos de la ciudad.

Según describe la poeta española Concha Méndez en este edificio convivían refugiados de toda Europa que compartían su condición de exiliados. Según ella fueron españoles, alemanes, austriacos y otras nacionalidades (Méndez y Ulacia Altolaguirre, 2018, p. 121). Por la cantidad de departamentos y la pequeñez de los mismos fue el primer hogar de muchos exiliados que, poco después, a la mejora de su situación económica, se mudaron rápidamente a otro lugar. Para la mayoría de sus habitantes se trataba de un espacio de tránsito porque los apartamentos eran pequeños, por lo cual siempre había una alta rotación de inquilinos. Pero para algunos como para la familia de Carlos y Ángeles Ordóñez García, que vivía en el apartamento 413, el Edificio Ermita era un refugio seguro después de

meses viviendo en maletas, sin camas, incluso en los campamentos de Francia.

Una vez depositado el equipaje en el suelo, papá contempló la estufa de petróleo de la cocina, la mesa con seis sillas, el aparador y el trinchero del comedor, el diván y las dos butacas que rodeaban a la mesita de centro de la sala, las dos camas y el armario en una alcoba y la cama matrimonial y el armario de la otra y suspirando en alivio dijo: “de aquí no me muevo”. Y lo cumplió. (Ordóñez, 2016, p. 116).

Carlos Ordóñez era un músico y compuso la música de algunas películas del poeta y cineasta Manuel Altolaguirre. Los tres hijos Ordóñez fueron más tarde miembros del Ateneo Español. Antonio y Nestor González Jérez, otros miembros del Ateneo, vivían en el 514. Formaban parte del nutrido grupo de republicanos españoles que vivían en el edificio.

Allí estaba Manuel Castillo Quijada con su mujer María Iglesias y sus cuatro hijos, que era el director del Instituto Luis Vives I de Valencia (Castillo, 2018). Junto a él vivían en el Edificio Ermita varios profesores de los tres colegios republicanos, por ejemplo, Luis Castillo Iglesias, profesor de geografía e historia, que trabajó en diferentes colegios del exilio, así como el astrónomo Marcelo Santaló Sors que enseñaba ciencias y matemáticas en el Vives, el Madrid y la Academia (Reimann, 2020, p. 213).

En el Edificio Ermita vivían varios juristas: Pedro Vargas Guendiain, presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales de la República. Allí vivió el abogado y político Francisco Blasco y Fernández de Moreda y más tarde enseñó brevemente derecho en la Universidad de Veracruz antes de regresar con el presidente de la República en el exilio Diego Martínez Barrio a París como su secretario y más tarde se trasladó a Argentina. Vivió en el apartamento 512 (Dios de Martina, 2008). Le acompañaba otro jurista, el catedrático de derecho penal y socialista Ángel de la Fuente Torres, que había sido profesor en la Universidad Central de Madrid y también militaba en la UGT y en el Sindicato de Abogados. Otro abogado que

vivía en el Edificio Ermita era el gallego Juan López Durá, que había estudiado en Alemania antes de exiliarse a México. Posteriormente fue profesor en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo en Morelia (González Gómez y Sánchez Díaz, 2008, p. 148). Y por último también estaba la ex estudiante de derecho, María de la Caridad Martín Fernández, así como una mecanógrafa y taquígrafa que trabajaba en la Unión de Mujeres Españolas.

Además de las juristas vivieron en el Edificio Mercedes Maestre Martí y su hermana Carmen, ambas activas en el campo anticomunista del socialismo español. En el Edificio Ermita, vivía también la guionista y escritora Libertad Blasco Ibáñez, hija del escritor Vicente Blasco Ibáñez que adaptó su libro *La Barranca* al cine. También estaba la crítica de arte de *El Mercantil Valenciano*, Manaut Nogués. Manuel Arguelles Verdera, antiguo capitán de Marina Mercante, vivió junto a su esposa Trinidad Chertudi Arguelles en el edificio al comienzo de su exilio en 1939 (Reimann, 2020, p. 113).

Y luego estaba el nutrido grupo de famosos poetas republicanos que vivieron en el edificio. Además de los ya mencionados Concha Méndez y Manuel Altolaguirre vivieron en el Edificio Ermita los poetas Rafael Alberti y Luis Cernuda así como la escritora María Teresa León. “Vivían en pequeños apartamentos, con muchos libros y pocos muebles” (García Igual, 2012, p. 133).

El vestíbulo, que era un gran espacio común del edificio, permitía reunirse e intercambiar ideas fácilmente. “Se hicieron frecuentes las fiestas, tertulias y reuniones, por lo que puedo asegurar que casi la totalidad de los refugiados españoles conocieron y tuvieron algo que ver con el Edificio Ermita” (Ordóñez, 2016, p. 116). Se hizo famoso, por ejemplo, encontrarse en el Edificio Ermita para una fiesta de calentamiento antes de ir a los Torres para un llamado “vermú” que consistía en aceitunas, jamón, anchoas, quesos, tortilla de papa y otras tapas (Ordóñez, 2016, p. 116). No es sorprendente que el refugiado español Arturo García Igual, quien tenía un taller de reparación de radios en el Edificio Ermita desde 1946, recordara

el Edificio Ermita como una “isla española en un mar de mexicanos” (García Igual, 2012, p. 123).

Una isla transnacional en un mar de mexicanos

Pero también había personas de otras nacionalidades como recordaba Concha Méndez. En primer lugar, el muralista mexicano David Alfaro Siqueiros tenía una oficina en el Edificio Ermita, y quizás no por casualidad Ramón Mercader, que mató a León Trotsky, también vivía en el Edificio Ermita (Patenaude, 2009).

Además de estas personas ilustres, había varios refugiados de origen germano-hablante como el socialista austriaco Stefan Kalmar con su esposa Edith que vivían en el apartamento 412. Obtuvo un visado para México como corresponsal de un periódico socialdemócrata sueco en 1940 desde Suecia vía Nueva York. No sabían hablar español, no conocían a nadie, pero fueron bien recibidos por “Menorah”, dirigida por un refugiado judío de Hamburgo, el médico Ernst Frank. La comunidad judía sueca les prestó 300 dólares que se les exigió como judíos que venían a México y no se les dijo antes mientras que el sindicato se negó a pagar. Como socialista, él en ese momento todavía admiraba a México por sus cambios sociales en marcha que después cambió al ver la realidad de la situación. Tenía un doctorado en economía, podía hacer administración de empresas, pero era constructor de crucigramas en lo que trabajaba antes. Estaba en contacto con un psicólogo austriaco y juntos hacían crucigramas para periódicos e hicieron una revista TikTok de solo crucigramas. Conoció a un refugiado checo, Eugen Popper, que había sido director general del mayor banco de Praga, como socio financiero del negocio de exportación de artesanía mexicana del que pudo vivir la familia. Antes de Kalmar y su esposa trabajaron en la empresa de Popper “Mercurio” al igual que los refugiados Walter Grün y Ernst Fink. Tres meses después de llegar nació George

(Jorge) y más tarde Tomás (Tomás). Luego se fueron en 1948 a Australia y en 1962 a EE.UU.¹ (Reimann, 2020, p. 113).

Un refugiado austriaco más conocido que vivió en el Edificio Ermita fue el socialista Walter Stein, que vino con su familia y su hija Colette Lucienne Valerie Stein, miembro destacado de la Liga Pro-Cultura-Alemana, la primera organización antifascista no secreta de exiliados alemanes (Reimann, 2020, p. 113).

Él también y su compatriota Rudolf Rificzes, originario de Lemberg/Lviv quien era un acaudalado hombre de negocios en Viena, director del Westen A.G, fue internado en Buchenwald y vino vía Rumania y Japón finalmente a México.² Era propietario de una fábrica de porcelana y vivía en el apartamento 513 (Reimann, 2020, p. 113). Heinrich Neumann, miembro de Alemania Libre y del Club Heinrich-Heine vivía en el Edificio Ermita, así como otro miembro de Alemania Libre H. Kratz (Reimann, 2020, p. 114). Además de los refugiados de habla alemana, en el 402 vivía el refugiado judío húngaro, Ladislao Gardos, procedente de Budapest, con su mujer y su hijo Peti. Era gerente de una empresa de fabricación de tejados y era partidario de Alemania Libre y miembro del Comité Central Israelita, al igual que el reportero alemán Franz Neumann, que vivía en el apartamento 618 (Reimann, 2020, pp. 113-14).

Así pues, a estas alturas sabemos que en el Edificio Ermita vivieron refugiados y artistas de muchas procedencias. Pero lo que aún no sabemos es si vivieron una vida interconectada en el edificio. Sobre la vida en común en el edificio sabemos más por las memorias de la poetisa Concha Méndez que ella misma se describe así: “Concha, la esposa de Manuel, también se dedicaba a la poesía [...] y a fumar como un carretonero” (Ordóñez, 2016, p. 148). Los dos escritores no solo produjeron sus propias obras, sino que las regalaron junto con otros libros, haciendo que sus vecinos y sus hijos leyeran

¹ Oral history interview with Stephen Kalmar, United States Holocaust Memorial Museum, Accession number: 1999.A.0122.467, RG Number: RG_50.477.0467, <https://collections.ushmm.org/search/catalog/irn512352>.

² Arolsen Archives, Rudolf Rificzes, Sign. 11.1.5.3.

buena literatura desde el principio (Ordóñez, 2016, p. 144). Ella fue quien pintó la vida común de los refugiados, los buenos momentos, la soledad, las historias absurdas a menudo tristes, todo junto en su autobiografía, que publicó con su nieta (Méndez y Ulacia Altolaguirre, 2018).

La familia Méndez Altolaguirre se había mudado al Edificio Ermita después de alojarse primero en la casa de Pablo Neruda que en aquellos años era cónsul de Chile en México y fue él quien les consiguió un lugar en el Edificio Ermita. Poco después de su llegada en 1944, Méndez fue testigo del ambiente transnacional del exilio político en este edificio que creó lazos y lealtades políticas:

[...] me viene a la memoria el día en que los alemanes desocuparon Francia; nuestra alegría fue tan grande que entre todos los vecinos organizamos una fiesta en el *hall* del edificio, y estuvimos comiendo y bebiendo hasta la madrugada (Méndez y Ulacia Altolaguirre, 2018, p. 124).

Carlos Ordóñez también fue despertado esta noche:

¡Carlitos, levántate! ¡Hay que festejar! (...) Salimos al *hall* donde un murmullo alegre y festivo iba creciendo. El *hall* se iba llenando de gente, los que vivían allí, los que alguna vez habían vivido, los que lo visitaban. Caras alegres, caras emocionadas, pero todos llenos de lágrimas. Cada quién traía una botella de acuerdo a sus posibilidades económicas: vino, sidra, vermut y hasta champagne... La gente se abrazaba, lloraba, cantaba, se volvía a abrazar y volvía a llorar con una gran sonrisa en la boca (Ordóñez, 2016, p. 176).

Méndez a continuación ofrece una amplia variedad de retratos de sus vecinos del edificio que ilustran su interés literario por la experiencia del exilio. Méndez entendía la existencia desarraigada en el exilio, tal y como se puso de manifiesto en el Edificio Ermita, no solo como una ocasión para celebrar el compromiso ideológico antifascista de las comunidades del exilio, sino también como un

recordatorio de todos aquellos que fueron incapaces de hacer frente a los retos emocionales y prácticos de la vida en el exilio.

Junto a nuestra casa vivía un matrimonio judío que había salido huyendo de Hitler. Después de la muerte de su marido, ella siguió comprando, año tras año, dos asientos para los conciertos en el Palacio de Bellas Artes; seguramente, en su imaginación, él continuaba acompañándola, vestido de etiqueta. La mujer se suicidó; pero antes, fue a regalarle a la vecina sus pajaritos, bajo el pretexto de que saldría de viaje (Méndez y Ulacia Altolaquirre, 2018, p. 122).

Habló de una pareja germano-austriaca, en la que él se pasaba los días dentro bebiendo y temblando porque pensaba que alguien podría tomarle por nazi. Ambos se hicieron alcohólicos y corrieron una mala suerte. En otro apartamento vivía un exiliado español soltero que nunca hablaba con nadie y un día murió sin que nadie se diera cuenta aparte del mal olor. Y hablaba de un refugiado alemán que un día contrató mariachis para que tocaran para su pájaro: “La jaula la había puesto sobre una silla y los mariachis estaban en torno; y ahí estábamos los vecinos, asombrados de que este hombre hubiera contratado toda una orquesta para su canario” (Méndez y Ulacia Altolaquirre, 2018, p. 123).

Habría ochentas historias que contar: la vida de las modistas solteras del piso siete; los recuerdos de una alemana que perdió a su único hijo en las Brigadas Internacionales; el niño judío que tenía obligación de tocar el violín; la caída del inquilino del sexto piso (lo vi aventarse por la ventana, en el momento que salí a mirar la hora del reloj público del edificio de enfrente; al asomarme lo vi caer) (Méndez y Ulacia Altolaquirre, 2018, p. 124).

Aquí Méndez describe muchas vidas excepcionales, pero al mismo tiempo describe muchas experiencias comunes del exilio que no eran comunes a un solo grupo de exiliados, sino a todos ellos. O en sus propias palabras: “¿En qué piso vivían? En cualquiera, no voy a decir si en el primero o en el tercero. Solo sé que de ochenta

departamentos había algunas vidas más llamativas, por brillar o por no brillar” (Méndez y Ulacia Altolaquirre, 2018, p. 122).

Escribió la historia de todas esas personas que sufrieron la soledad, la excentricidad, sus propios destinos y recuerdos, y la mayoría de las veces se trataba de historias tristes. Esto marca la diferencia con la historia del exilio que tantas veces leemos, sobre todo en la historia de los intelectuales, que hicieron del exilio algo nostálgico y casi hagiográfico, reduciendo aquí también el dolor y la pérdida de los que lo vivieron.

Los niños, crecidos en el Edificio Ermita, que dejaron recuerdos de aquello, recordaban sobre todo sus propias comunidades culturales. Paloma Altolaquirre, hija de Manuel y Concha Méndez, recordaba el Edificio Ermita en una entrevista:

Al principio [el Edificio Ermita] me parecía una cárcel. Tenga en cuenta que yo venía de La Habana donde hacía mucho sol y me pasaba todo el día en la calle. Luego me lo pasé mejor pues allí. Vivían muchas familias exiliados. Allí hice amistad con muchos niños y coincidí con ellos también en la escuela. Íbamos al Colegio Madrid (García, 2014, pos. 2078).

Se hizo amiga de Carlos Ordóñez, que también fue al Madrid. “Hay dos centros de esta nueva vida”, escribió, “uno es de los niños del Edificio Ermita y de Chapultepec, el otro es del Colegio en el que también encontré amigos para toda la vida” (Ordóñez, 2016, p. 160).

Carlos Ordóñez recordaba no solo las numerosas fiestas del Edificio Ermita citadas anteriormente sino también la Navidad en el Edificio Ermita:

En Navidad las edades [de los niños del Edificio Ermita] se igualan, todos juntos, a recorrer el Edificio, cantando villancicos y tocando de puerta en puerta. En cada una de ellas nos recibían con caramelos, peladillas, mazapanes o galletas y una copita, pero como éramos niños no nos daban bebidas fuertes, solo licorcitos dulces. A la hora de cenar nuestros estómagos estaban llenos de licor de café, licor de menta, anís, rompopo y otras sustancias semejantes que nos

producían una alegre somnolencia con la que íbamos a la cama, felices, en espera de la visita de Papá Noel, que en México se llama Santa Clos (Ordóñez, 2016, pp. 158-159).

Concha Méndez recordó que en Navidad se reunió un grupo de gentes del edificio, y una mujer muy excéntrica, don Jóse, porque usó pantalones todo el tiempo, una cosa no común, bailaba flamenco y cantaba con mucha gracia, y fumaba un cigarrillo tras otro (Méndez y Ulacia Altolaguirre, 2018, p. 122).

Otros de los niños que crecieron en el Edificio Ermita y visitaron las escuelas republicanas fueron Loty de la Granja y Laura de la Torre. Laura de la Torre también estaba en el Madrid, su madre había venido sola como viuda, y vistió de negro toda su vida, con sus tres hijos y trabajaba en una tienda de chocolates. Laura de la Torre estudió después biología y su hermano Carlos se hizo ingeniero (Conchita Fernández García de Leaniz, comunicación personal, 25 de septiembre 2024).

Además, hubo otro niño del Edificio Ermita, el hijo de Ladislao Gardos, Peti (el diminutivo húngaro de Peter) o en México también llamado Pedro. Peti fue al Instituto Luis Vives. Los niños del Instituto Luis Vives, que estaba a dos cuadras del Edificio Ermita, pasaban todos los días por el edificio para visitar una buena heladería y a sus amigos que vivían allí (Enrique López de Haro, comunicación personal, 25 de septiembre 2024 y 3 de julio 2025). Carlos Ordóñez describió en su libro lo angustiado que estaba Peti Gardos ante la posibilidad de que sus padres murieran. “Nunca entendió que había entrado a un grupo, el de los refugiados españoles, que jamás lo abandonarían; para nosotros y nuestros padres Pedro era tan español y tan refugiado como cualquiera y nunca se quedaría solo ni desprotegido” (Ordóñez, 2016, p. 157). De hecho, Peti se casó con Teresa Velo, una chica que también estaba en el Colegio Madrid e hija del cineasta republicano español de Carlos Velo Cobelas.

Este último fue, además de uno de los principales pilares del cine mexicano, socio fundador del Ateneo Español y del Patronato

de la Cultura Gallega. Teresa Velo se mudó después de su boda al Edificio Ermita, donde el matrimonio Gardos Velo vivía en el mismo piso que los suegros húngaros. Tuvieron tres hijos, hasta que se divorciaron (Conchita Fernández García de Leaniz, comunicación personal, 25 de septiembre 2024).

Aún así, los movimientos de exiliados se entrelazaron tan estrechamente en el Edificio Ermita que nacieron familias de nacionalidades mixtas.

Conclusiones

El libro “Zakhor” de Yosef Yerushalmi abrió la forma como se escribió la historia entre historia y memoria. Esta tensión es un proceso continuo en la historiografía de los diferentes grupos de exiliados en México (y más allá). Existen planteamientos de conceptos psicoanalíticos sobre la memoria traumática o la memoria en general, pero como ya están en terreno movedizo para los psicólogos formados, personalmente creo que no le corresponde al historiador, que no está formado en trauma y trabajo psicológico, aplicar estos conceptos. Sin embargo, aunque no soy una psicóloga formada ni una estudiosa de la teoría crítica del psicoanálisis, de los relatos de Concha Méndez se desprende que más exiliados de los que hemos supuesto hasta ahora no pudieron escapar al dolor de sus recuerdos y experiencias de exilio, lo que contradice la suposición de que México era un país de situaciones de exilio mayoritariamente exitosas. El exilio sigue siendo una situación excepcional. Pero al mismo tiempo, los habitantes del Edificio Ermita cuentan una historia de perseverancia, de supervivencia, de encontrar nuevos medios en su situación común de vida y exilio (Kaplan, 2005; LaCapra, 1994, 1998, 2001; Roth, 2012; Ricoeur, 2004; Yerushalmi, 1982).

Los recuerdos son una fuente valiosa, pero como historiadores no podemos evitar celebrar o afirmar aspectos del pasado que son coherentes con las ideas presentes, como podemos ver en la

escritura histórica de estos diferentes grupos de exiliados, en la que una construcción acrítica del mito se ha arraigado en la investigación. Pero esto no significa que las prácticas de la memoria sean siempre acríticas; por el contrario, las memorias de Concha Méndez y de los otros exiliados aquí citados dan lugar a una nueva pluralidad del exilio en lugar de la homogeneidad que domina los estudios sobre el exilio en México. La historia transnacional del exilio podría incluso conducir a una reevaluación de estas memorias y, por tanto, a la reescritura de una historia más crítica de estos exiliados, en lugar de limitarse a recrear las memorias existentes de un pasado compartido.

Pero volvamos de los recuerdos a los espacios, que era el tema central de este artículo: mientras que el Edificio Ermita podría haber sido, debido a su tamaño y posibilidades arquitectónicas, una excepción, en todo el centro de la ciudad, tal y como Aribert Reimann nos ha pintado el mapa, estaba lleno de situaciones de vida similares adonde refugiados vivieron juntos en los mismos calles, edificios o espacios en general (Reimann, 2020). Las viviendas, las instituciones políticas, los lugares culturales, los cafés, los restaurantes y las escuelas se encontraban a menudo a poca distancia. Y como cada uno de los diferentes exiliados nacionales tenían sus propios espacios, como también lo ha descrito Reimann, compartían un espacio y una historia común en mucha mayor medida de lo que la investigación ha visto y analizado hasta ahora. Echemos un breve vistazo a otra institución pintada siempre de “habla alemana”, el Heinrich-Heine-Club, para demostrar que la mayoría de las instituciones eran mucho más multinacionales que nacionales.

El Heinrich-Heine-Club inauguró en las salas de la casa de edición republicana española “Séneca” como un grupo de personas de habla alemana procedentes de toda Europa, desde Yugoslavia, Austria, Hungría, etc., hasta Alemania. Más tarde, el Club Heinrich Heine recibió el título adicional de ser “la organización cultural antinazi en general de todos los antifascistas de habla alemana de las más diversas nacionalidades” (Kießling, 1974/I, p. 105). Las

actividades no solo estaban relacionadas con la cultura alemana y no solo reunía a artistas de habla alemana. La escenografía de la Ópera de Tres Centavos de Berthold Brecht por ejemplo estuvo a cargo del pintor y artista gráfico mexicano Xavier Guerrero. Hubo en el programa una velada de canciones populares mexicanas, una velada rusa, una velada en honor de Checoslovaquia con motivo del 60 cumpleaños de Edvard Benes con la Asociación Checoslovaca Mexicana y Miroslava Sternova cantando, así como una velada española con obras de García Lorca, recitadas por Asunción Casals junto a Steffi Spira (Heines Geist in Mexiko, 1946; Gronau, 2005).

El exilio transnacional siempre ha estado ahí, su investigación no requiere necesariamente nuevas fuentes solo una apertura para mirar más allá de un grupo nacional. No se trataba solo de un exilio alemán, español o ruso. Fue un éxodo común desde diversos países fascistas o estalinistas y, como ha señalado Aribert Reimann, parte de la experiencia del exilio parece haberse definido más por la relación de cada uno con Rusia, que también se reflejaba en la ayuda disponible en México, que por la nación de la que se había huido. Es hora de volver a ver el exilio desde una perspectiva más histórica, que, como un exilio de intelectuales, y de mirar más allá de nuestros propios horizontes nacionales. Esto no solo abre nuevas perspectivas, sino que también pone muchas cosas en su sitio y, sobre todo, hace posibles las comparaciones basadas en datos, y quizá nos aleja de la historia repetitiva de unos pocos exiliados que hemos estado viviendo en las últimas décadas.

La situación del exilio europeo transnacional fue un breve momento de la historia, esta comunidad transnacional volvió a desmoronarse a su regreso de la guerra, como subrayó el refugiado Pierre Radvanyi en 1989:

Y entonces hay que imaginarse que todos los emigrantes, de cualquier nacionalidad, iban en el mismo barco. Cuando llegó el turno, los austríacos volvieron a ser austríacos, los checos checos, los húngaros húngaros y los franceses franceses. Las viejas diferencias

revivieron, algunos fueron derrotados, por así decirlo, mientras que otros recuperarían su independencia. Comenzó una diferenciación entre los emigrantes. ¡Y el problema de Francia-Alemania! Vista desde México, Europa estaba unida. Pero entre los emigrantes, los problemas se diferenciaban según las patrias (Albrecht, 2005, p. 279).

Pero estaban los que quedaban de los checos, los húngaros, los austríacos y los alemanes. Y estaba toda la comunidad de los republicanos españoles que de nuevo habían sido traicionados por los aliados al no sacar a Franco del poder, que se quedaron como el mayor grupo de exiliados en México. Y curiosamente, no era raro hasta hoy que familias de refugiados españoles vivieran juntos en un mismo edificio durante muchos años e incluso más tarde, cuando económicamente estaban mejor, construyeran juntos nuevas casas en la Ciudad de México y hasta casas de vacaciones en las que compartían los gastos de construcción y pasaban sus vidas cerca unos de otros estando entrelazados a lo largo de las generaciones. La siguiente generación de hijos de la izquierda exiliada europea seguía yendo a las escuelas republicanas españolas, y hasta cierto punto seguía existiendo una vida común más allá del año 1945.

Su vida transnacional compartida abre nuevas perspectivas de investigación, incluso desde el punto de vista microhistórico, perspectivas históricas cotidianas que incluyen la vieja idea de investigación de tener en cuenta a la gente “común” y no solo los personajes destacados como los intelectuales o artistas famosos. Como el exilio de Europa a México y al resto de los países del exilio no fue solo un exilio nacional de diferentes grupos, más bien fue un enorme movimiento y éxodo de refugiados que se solían encontrar y convivir en nuevos espacios, sería increíblemente enriquecedor seguir con la perspectiva de análisis establecida, profundizando en un enfoque más amplio centrándose en sus cruces e influencias mutuas y transnacionales, en encuentros y encrucijadas de estos exilios, marcados por el desarraigo y contribuyendo a la creación de espacios urbanos de memoria cosmopolitas y diversos.

Bibliografía

Abellán, José Luis (1983). *De la Guerra Civil al exilio republicano*. Madrid: Mezquita.

Albert, Friedrich (2005). Gespräch mit Pierre Radvanyi (1989/1990). En Friedrich Albert. *Bemühungen. Arbeiten zum Werk von Anna Seghers 1965-2004* (pp. 261-280). Bern: Lang.

Baxmann, Inge (1997). *Mayas, Pochos und Chicanos. Die transnationale Nation*. München: Wilhelm Fink.

Cañadas García, Teresa (2013). *La Huella de la Cultura en Lengua Alemana en México a partir del Exilio de 1939-1945* [Tesis de doctorado]. Universidad Complutense de Madrid.

Castillo Quijada, Manuel (2018). *Mis memorias*. Valencia: Universitat de València.

Centrum pro československá exilová studia Filozofická fakulta Univerzity Palackého (1999). *Československý antifašistický exil německého jazyka v Mexiku: (studie a dokumenty)*. Repronis.

Cremer, Dorothea (1990). Walter Reuter: Odysee eines Lebens. En *Walter Reuter: Berlin – Madrid – Mexiko* (pp. 22-47). Berlín: Argon Verlag.

Fèrriz Roure, Teresa (2017). Redes del exilio de 1939 en Internet. *TNS: Transatlantic Studies Network: Revista de Estudios Internacionales*, 2(4), 59–63.

Dios de Martina, Ángeles de (2008). Francisco Blasco y Fernández de Moreda. Penalista y filósofo del derecho. En José Ángel Ascunce Arrieta et al. (comps.), *Exilio y universidad (1936-1955): presencias y realidades* (pp. 581-598). Donostia: Saturrarán.

García, Manuel (2014). *Memorias de posguerra: Diálogos con la cultura del exilio (1939-1975)*. Valencia: Universitat de Valencia.

García Igual, Arturo (2012). *Entre aquella España nuestra y la peregrina*. Valencia: Universitat de Valencia.

Gleizer Salzman, Daniela (2011). *El Exilio Incómodo: México y los refugiados judíos, 1933-1945*. Ciudad de México: El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa.

González Gómez, Claudia y Gerardo Sánchez Díaz (coords.) (2008). *Exilios en México siglo XX*. San Nicolás de Hidalgo: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Gronau, Elisabeth (2005). *Der Heinrich-Heine-Klub in Mexiko-Stadt*. München, Ravensburg: Grin Verlag.

Heinrich Heine-Klub (1946). *Heines Geist in Mexiko. Festschrift des Heinrich Heine-Klubs in Mexiko*. Ciudad de México: El Libro Libre.

Irye, Akira (2004). Transnational History. *Contemporary European History*, 13(2), 211-222.

Iriye, Akira y Saunier, Pierre-Yves (coord.) (2009). *Palgrave Dictionary of Transnational History*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Kießling, Wolfgang (1974). *Alemania Libre in Mexiko. Ein Beitrag zur Geschichte des antifaschistischen Exils (1941-1946)*, 2 Vols. Berlin: Akademie-Verlag.

Kaplan, Anne (2005). *Trauma Culture: The Politics of Terror and Loss in Media and Literature*. New Brunswick: Rutgers University Press.

Kloyber, Christian (coord.) (2002). *Exilio y Cultura. El exilio cultural austriaco en México*. Ciudad de México: Secretaría de Relaciones Exteriores.

LaCapra, Dominick (1994). *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma*. Ithaka: Cornell University Press.

LaCapra, Dominick (1998). *History and Memory after Auschwitz*. Ithaka: Cornell University Press.

LaCapra, Dominick (2001). *Writing History, Writing Trauma*. Ithaka: Cornell University Press.

Matesanz, José Antonio (1999). *Las Raíces del Exilio. México ante la guerra civil española*. Ciudad de México: UNAM.

Mejía Flores, José Francisco y Moreno Rodríguez (coord.) (2022). *Redes políticas desde los exilios iberoamericanos*. Ciudad de México: UNAM.

Miguel Agüero, Sergio de (2019). *Calle López. Barrio Español. Un rincón en la Ciudad de los Palacios 1939-1951-1991*. Ciudad de México: Ateneo Español de México.

Méndez, Concha/ Ulacia Altolaguirre, Paloma (2018). *Concha Méndez: Memorias habladas, memorias armadas*. Sevilla: Renacimiento.

Nagel, Silke (2005). *Ausländer in Mexiko. Die "Kolonien" der deutschen und US-amerikanischen Einwanderer in der mexikanischen Hauptstadt 1890-1942*. Frankfurt: Vervuert.

Olsen, Patrice Elizabeth (2008). *Artifacts of Revolution: architecture, society, and politics in Mexico City, 1920-1940*. Lanham: Rowman y Littlefield Publishers.

Ordóñez García, Carlos (2016). *Un niño refugiado. Una infancia en el Edificio Ermita*. Ciudad de México: Ateneo Español de México.

Palmier, Jean-Michel (2006). *Weimar in exile: the antifascist emigration in Europe and America*. London: Verso.

Patenaude, Bertrand M. (2009). *Stalin's Nemesis. The Exile and Murder of Leon Trotsky*. London: faber and faber.

Pohle, Fritz (1986). *Das mexikanische Exil. Ein Beitrag zur Geschichte der politisch-kulturellen Emigration aus Deutschland (1937-1946)*. Stuttgart: De Gruyter.

Reimann, Aribert, Díaz Silva, Elena y Sheppard Randal (coord.) (2018). *Horizontes del Exilio. Nuevas aproximaciones a la experiencia de los exilios entre Europa y América Latina durante el siglo XX*. Frankfurt: Vervuet.

Reimann, Aribert (2020). *Transnational District. European Exile in Mexico City 1939-1959*. Colonia: Kölner Universitäts Publikations Server.

Reinerová, Lenka (1958). *Grenze geschlossen*. Berlin: Verlag Neues Leben.

Ricoeur, Paul (2004). *Memory, history, forgetting*. Chicago University Press.

Roth, Michael S. (2012). *Memory, Trauma, and History: Essays on Living with the Past*. Columbia University Press.

Santos Sánchez, Diego y Nickel, Claudia (2022). Weaving new networks: women in/and the 1939 Republican exile. *Journal of Spanish Cultural Studies*, 23(1), 1-11.

Serrano Migallón, Fernando (2021). *El exilio español y su vida cotidiana en México*. Ciudad de México: Ateneo Español de México.

Trojanová, Magdaléna (2011). *Časopis. El Checoslovaco en México“ v letech 1942-1945* [diploma thesis]. Universidad de Praga.

Tyrell, Ian (2007). *Transnational Nation. United States History in Global Perspective since 1789*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.

Yankelevich, Pablo (coord.) (2002). *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*. Ciudad de México: INAH.

Vázquez Ángeles, Jorge (2010). *Edificio Ermita. Casa del tiempo*, 35(4), 21-24. https://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/35_iv_sep_2010/casa_del_tiempo_eIV_num35_21_24.pdf

Yearbook of Transnational History 4, 2021.

Yerushalmi, Yosef (1982). *Zakhor. Jewish History and Jewish Memory*. Seattle: University of Washington Press.